

**DOMINGO XXIV
DURANTE EL AÑO**

LUCAS 15, 1-32

El capítulo quince del evangelio de Lucas es uno de los más bellos del Nuevo Testamento:

El trasfondo es la compasión de Jesucristo por los pecadores, explicada con tres parábolas. Las "parábolas de la misericordia"

(la oveja encontrada, la moneda recuperada y el padre compasivo) se suceden una tras otra sin interrupción.



Sin embargo, está bien separar las dos primeras parábolas, no solo porque la tercera está mucho más desarrollada, sino también por los epílogos diferentes.

Mientras las primeras dos parábolas se cierran con una fiesta, la tercera nos deja en suspenso:

no dice si el hermano decidió participar en la fiesta por el regreso del menor o si toma otro camino.

¹Todos los recaudadores de impuestos y los pecadores se acercaban a escuchar.

²Los fariseos y los doctores murmuraban:

—Éste recibe a pecadores y come con ellos.

³Él les contestó con la siguiente parábola:

⁴—Si uno de ustedes tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va a buscar la extraviada hasta encontrarla? ⁵Al encontrarla, se la echa a los hombros contento, ⁶se va a casa, llama a amigos y vecinos y les dice:

Alégrense conmigo, porque encontré la oveja perdida.

⁷Les digo que, de la misma manera habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesiten arrepentirse.

⁸ O si una mujer tiene diez monedas y pierde una, ¿no enciende una lámpara, barre la casa y busca con mucho cuidado hasta encontrarla? ⁹Al encontrarla, llama a las amigas y vecinas y les dice:

Alégrense conmigo, porque encontré la moneda perdida.

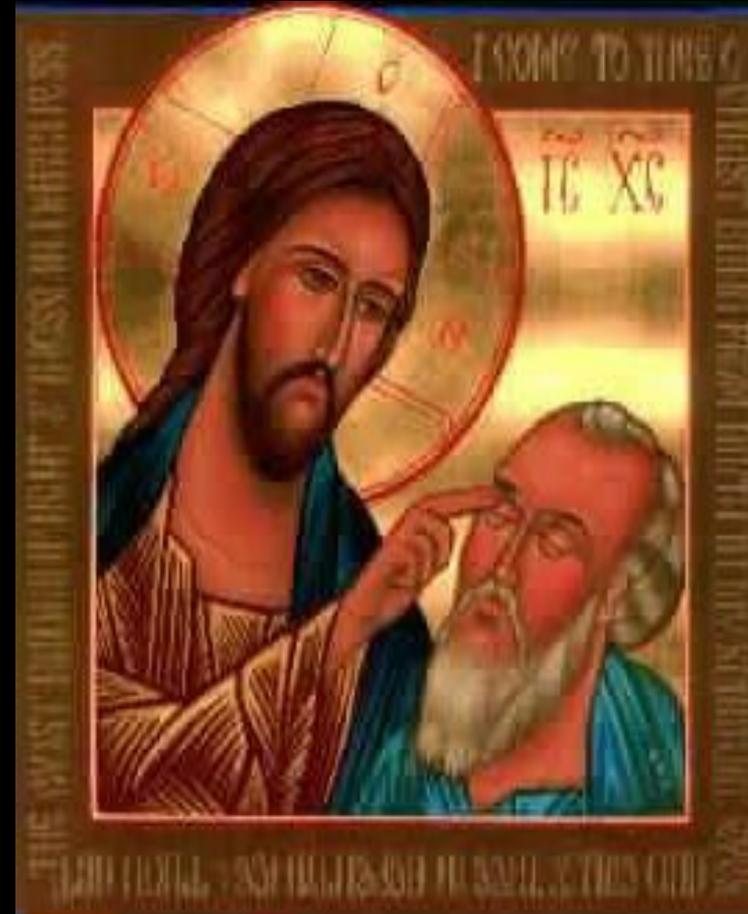
¹⁰Les digo que lo mismo se alegrarán los ángeles de Dios por un pecador que se arrepienta.

Las diversas categorías de pecadores

En tiempos de Jesús, se distinguían cuatro categorías de pecadores: físicos, raciales, sociales y morales. Parece que él se relacionó con todas las categorías mencionadas.

La primera categoría de pecadores era física y se debía a la concepción de que toda lesión estaba referida al pecado:

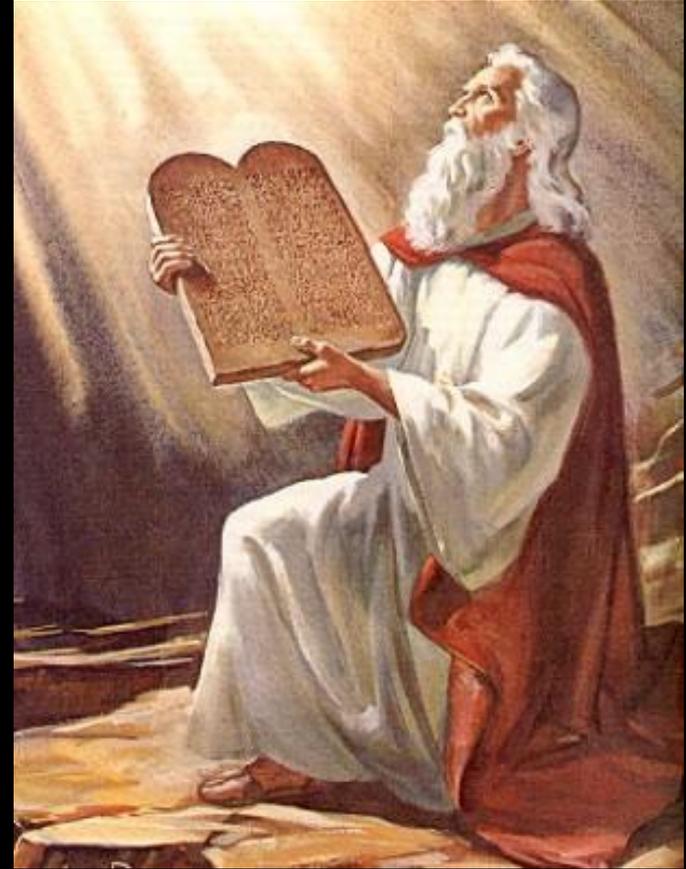
las enfermedades eran consecuencia del pecado y no una condición natural.



La segunda categoría de pecadores era racial: a los extranjeros los consideraban pecadores porque no observan la Ley según las tradiciones judías.

En esta categoría, entraban los samaritanos y los gentiles que vivían en Palestina:

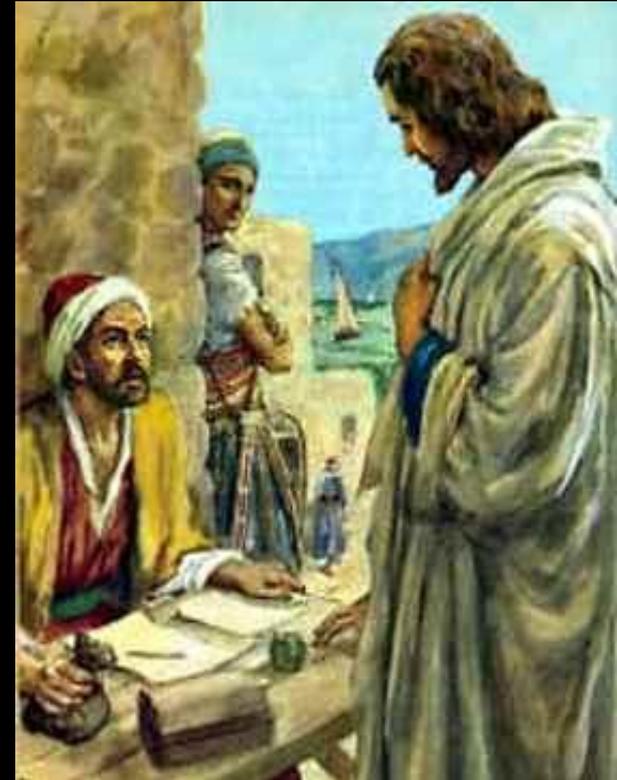
la sumisión a la Ley de Moisés permitía ser liberados de esa forma de pecado.



Al significado racial de la palabra "pecador" se le añade **un significado social**, destinado a los cobradores de impuestos o publicanos, contratados para recaudar las tasas debidas al poder imperial.

Equiparados con los usureros, los públicos se sostenían de los intereses que añadían a los impuestos.

Entre sus discípulos, Jesús escoge a Leví, hijo de Alfeo, a quien invita a seguirlo cuando está sentado en su banco de cobrador de impuestos.



La última categoría de pecadores era ética y comprendía a los usureros y a las prostitutas.

Hemos observado que la mujer que lava los pies de Jesús en casa de Simón, es una pecadora.

La samaritana, con quien Jesús se detiene a conversar, tuvo cinco maridos y vive con uno que no es el suyo (Juan 4, 1-30).

Jesús afirma que ha sido enviado

**para curar las heridas
de todos los pecadores
sin excluir a
nadie.**



Naturalmente, por este tipo de amistades, es acusado de ser un pecador (Juan 9, 24-25) que vive con pecadores.

Pero los milagros desmienten la acusación, porque un pecador no puede hacer los prodigios que él realiza, y las tres parábolas explican las razones que lo llevan a frecuentar a los pecadores.

Un pastor y la oveja encontrada

Jesús no fue el primero en elegir el ambiente campestre para hablar de la relación entre el pastor y la oveja.

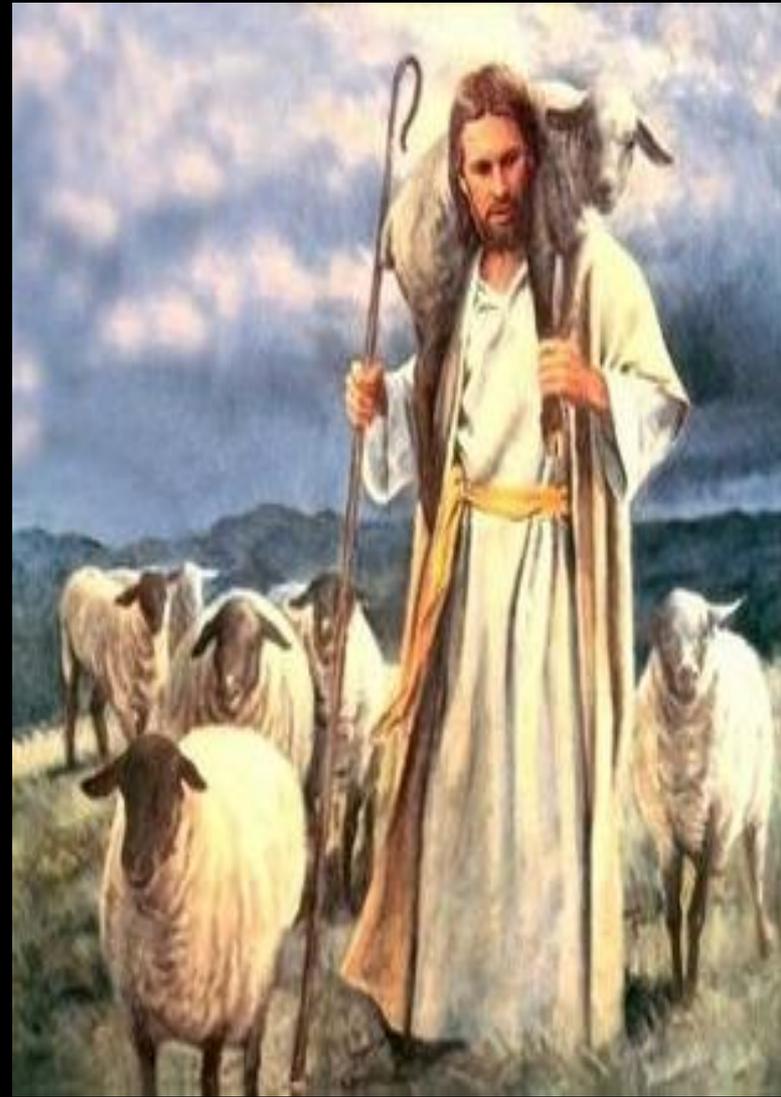
El profeta Ezequiel relata la amplia parábola contra los pastores de Israel, la cual puede haber inspirado la parábola de Jesús:

^{34,15}Yo mismo apacentaré mis ovejas y las llevaré a descansar -oráculo del Señor-. ¹⁶Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y curaré a la enferma, pero exterminaré a la que está gorda y robusta. Yo las apacentaré con justicia

Sin embargo, la parábola de Jesús es paradójica!

El trasfondo es un pastor que tiene cien ovejas, se le pierde una, deja las noventa y nueve restantes en el desierto y se encamina a buscar a la perdida.

Una vez encontrada, la carga sobre sus hombros, vuelve a casa, convoca a sus vecinos y amigos y les pide que gocen con él.



La paradoja está en la pregunta con la cual Jesús describe la escena del pastor.

Ante la cuestión de quién tomaría semejante opción, en realidad, nadie dejaría a las noventa y nueve en el desierto por una sola que no está seguro de encontrar.

El paradójico modo de actuar del pastor explica el de Jesús: cuantos consideran o presumen no tener pecado son como las noventa y nueve ovejas abandonadas a sí mismas, sin pastor.

El riesgo que enfrentan las noventa y nueve ovejas en el desierto y la perdida muestra una diferencia sustancial: la perdida exige ser buscada, mientras que las otras se piensan aseguradas.

*Si un hombre
tiene cien ovejas
y se pierde una de ellas*



*¿Que les parece a ustedes
que hara...?*

El gozo conecta la parábola a la vida: encontrar a la oveja perdida es el gozo del pastor y de Dios, quienes se alegran más por un pecador convertido que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse (o se ilusionan con no necesitarlo).



Es conmovedora la manera en que Jesús entiende la conversión: no es fruto del sujeto que se convierte, sino de la acción de Dios que busca a quien está perdido.

La conversión es siempre la acción de la gracia, concedida por quien carga a la oveja perdida sobre su espalda y regresa a casa; puesto que es originada por la gracia, la conversión exige ser compartida.

A los fariseos y los escribas les queda la opción: o comparten el gozo de la conversión, concedida a los públicos y los pecadores, o la obstaculizan, cayendo en la presunción de poder quedarse en el desierto murmurando, como un rebaño sin pastor en brazos del peligro.



Por tanto, la participación humana en la conversión es importante, sobre todo, porque las personas no son débiles como las ovejas. Sin embargo, el peso de la parábola no radica en las noventa y nueve ovejas ni en la encontrada; dicho de otra manera: no es necesario perderse para ser encontrado, ni abandonarse en el desierto para no ser buscados por Dios; todas las acciones son del pastor y no de las ovejas.

Para subrayar el origen divino de la conversión, se ha añadido la parábola de las dracmas.

El ama de casa y la moneda recuperada

La situación inconcebible del pastor y sus ovejas adquiere un tono más natural con un ama de casa que pierde una dracma y se empeña de todas maneras en encontrarla.

Una vez recuperada, la mujer convoca a las amigas y las vecinas, las invita a gozar con ella por haber hallado la dracma perdida.



También es análoga la conclusión de la parábola: ante los ángeles de Dios, hay más gozo por un solo pecador que se convierte.



A primera vista, parece que el contenido de ambas parábolas sea el mismo: a las cien ovejas corresponden las diez dracmas y a la oveja perdida corresponde la dracma extraviada.

En realidad, ahora la atención se centra en el empeño de la mujer por hallar la dracma perdida, la cual vale mucho menos que una oveja.





En tiempos de Jesús, una dracma tenía el mismo valor que un denario o una jornada de trabajo de un empleado.

A pesar del valor relativo de una dracma, el ama de casa pone todo su empeño en hallarla. En la parábola, no se especifica el estado social de la mujer, en cuyo caso, la condición de pobreza explicaría por qué tanto afán en hallar la dracma perdida.

Además, la atención se centra en la búsqueda meticulosa y el gozo compartido por haber hallado la dracma perdida.

La dedicación y el gozo son los que confieren el valor real a la moneda, y no el valor nominal de la dracma.

Una moneda es inanimada; esto subraya la conversión concebida como acción penetrante de la gracia de Dios y no como respuesta humana.



La más breve de las parábolas de la misericordia no relaciona la moneda hallada con las otras, como, en cambio, sí pasa con la oveja perdida y las noventa y nueve, y el hijo menor y el mayor.

El ama de casa busca la dracma por el valor que tiene para ella y no respecto de las otras monedas.

Aunque solo hubiera un pecador, valdría la pena buscarlo, encontrarlo y gozar.

**EL PADRE
MISERICORDIOSO**

**UNA COMPASIÓN
EXCESIVA**

Jesús teje en esta parábola un relato que es una obra de arte.

Nos hallamos ante la parábola por excelencia, por merecido reconocimiento, a condición de que se le cambie el título:

no "el hijo pródigo" y tampoco "el padre bueno", sino

"el padre misericordioso" o "compasivo".

Ahora releamos la parábola con toda su riqueza y su profundidad.

11Añadió:

—Un hombre tenía dos hijos. **12**El menor dijo al padre: Padre, dame la parte de la fortuna que me corresponde. Él les repartió los bienes.

13A los pocos días, el hijo menor reunió todo y emigró a un país lejano, donde derrochó su fortuna viviendo una vida desordenada. **14**Cuando gastó todo, sobrevino una carestía grave en aquel país, y empezó a pasar necesidad. **15**Fue y se puso al servicio de un hacendado del país, el cual lo envió a sus campos a cuidar cerdos. **16**Deseaba llenarse el estómago de las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. **17**Entonces recapacitando pensó: A cuántos jornaleros de mi padre les sobra el pan mientras yo me muero de hambre.

18Me pondré en camino a casa de mi padre y le diré:

He pecado contra Dios y te he ofendido; ¹⁹ya no merezco llamarme hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros.

20Y se puso en camino a casa de su padre. Estaba aún distante cuando su padre lo divisó y se enterneció. Corriendo, se le echó al cuello y le besó.

21El hijo le dijo: —Padre, he pecado contra Dios y te he ofendido, ya no merezco llamarme hijo tuyo. **22**Pero el padre dijo a sus sirvientes: —Enseguida, traigan el mejor vestido y vístanlo; pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. **23**Traigan el ternero engordado y mátenlo. Celebremos un banquete. **24**Porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado. Y empezaron la fiesta.

²⁵El hijo mayor estaba en el campo.

Cuando se acercaba a casa, oyó música y danzas ²⁶y llamó a uno de los sirvientes para informarse de lo que pasaba.

²⁷Le contestó: —Es que ha regresado tu hermano y tu padre ha matado el ternero engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo.

²⁸Irritado, se negaba a entrar.

Su padre salió a rogarle que entrara. ²⁹Pero él le respondió: —Mira, tantos años llevo sirviéndote, sin desobedecer una orden tuya, y nunca me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos. ³⁰Pero, cuando ha llegado ese hijo tuyo, que ha gastado tu fortuna con prostitutas, has matado para él el ternero engordado.

³¹Le contestó: —**Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo.** ³²**Había que hacer fiesta porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado.**

Más allá de cualquier retribución

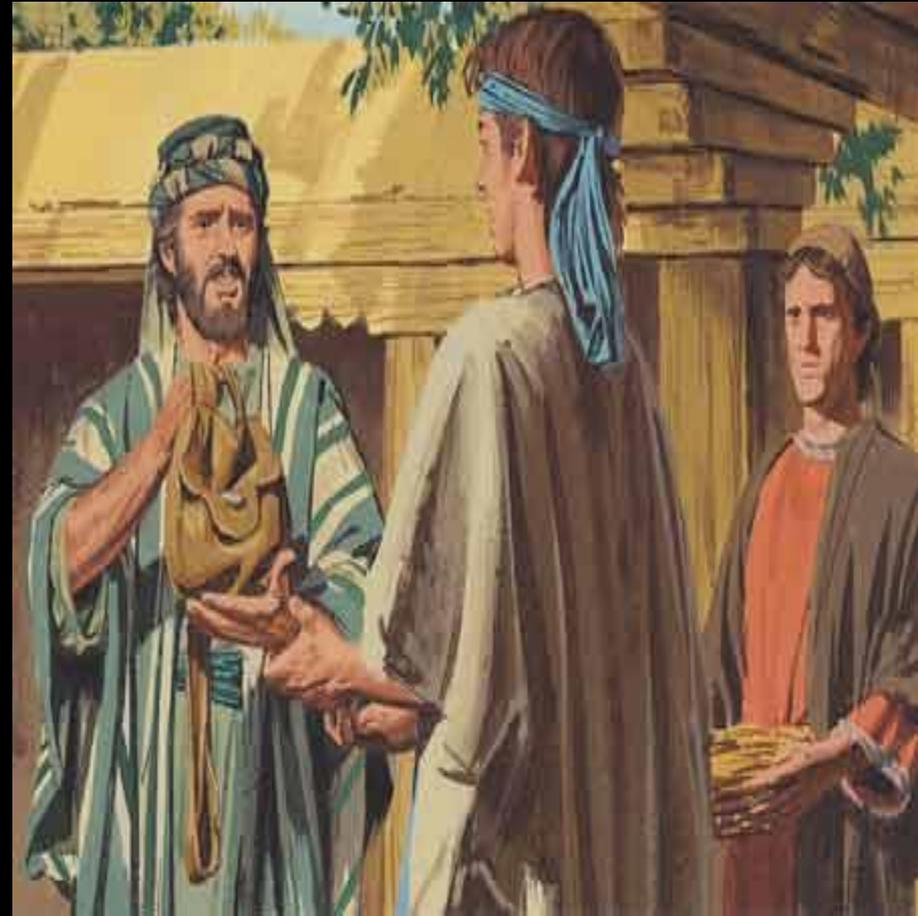
La parábola del padre misericordioso es una gran madeja que puede desenrollarse escogiendo uno de los hilos que la forman. Escojamos el que nos parece el hilo más importante y más enredado:

la retribución, ¡recibir porque hemos dado!



Ya desde el comienzo,
Jesús señala el tema de
la retribución, el cual
forma parte de los
derechos humanos
más naturales.

Un hombre tiene dos
hijos; uno de ellos le
pide lo que le
corresponde, y el padre
divide su legado.



En aquella época, la Ley judía establecía que el primogénito recibiera dos tercios, mientras que al menor le correspondía un tercio de la herencia (Deuteronomio 21, 17). Sin oponer resistencia, el padre entrega al hijo menor la parte que le corresponde. Mientras el menor despilfarra su dote viviendo de manera disoluta en una región lejana, la otra parte del patrimonio está a buen resguardo y es administrada por el hijo mayor.

Según un equitativo y justo modo de pensar, si el hijo menor regresara, no tendría nada qué esperar por parte de su padre y su hermano mayor. La grave culpa del hijo menor podría ser, como máximo, perdonada, ipero nunca olvidada!

Aunque tal vez el padre olvidara ese triste paréntesis, siempre estará el hijo mayor dispuesto a recordárselo a ambos. Así sería respetada la ley de la retribución: la recompensa del bien a quien cumple el bien, y la del mal a quien hace el mal.



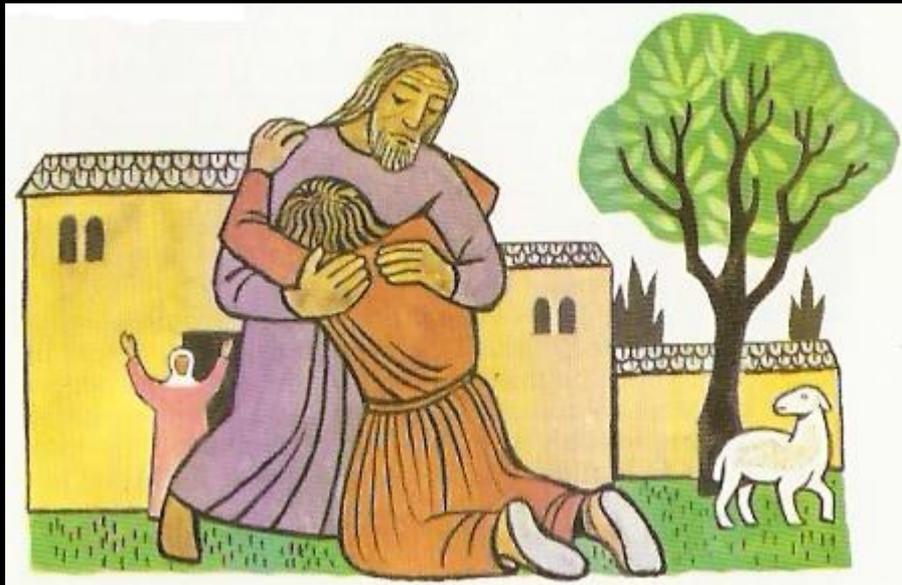


En realidad, la parábola transgrede desde la misma raíz esta ley de distribución patrimonial, revelando el excesivo amor del padre.

El padre no espera a sus hijos estando en la casa, no verifica si el menor realmente se arrepintió, no pregunta dónde quedó su parte de la herencia, sino que organiza una fiesta llena de música y bailes.

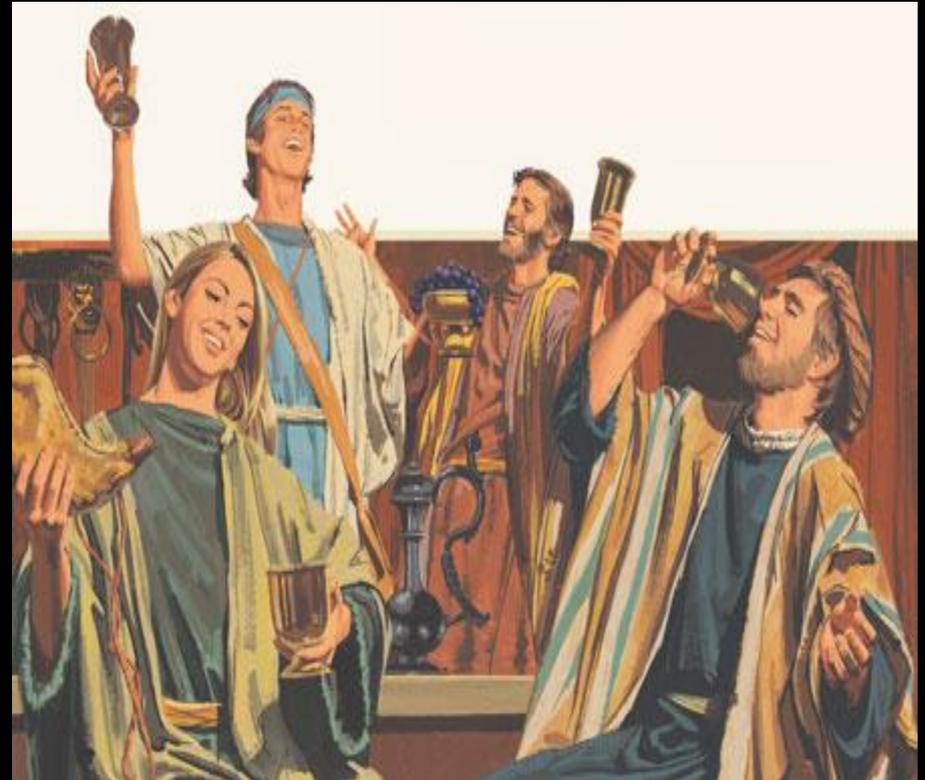
Inconcebible también es cómo el padre se comporta con el mayor: no lo espera cuando regresa del campo, donde trabaja para bien de la familia, ni le pide su parecer sobre cómo actuar con el menor.

La parábola que revela el rostro más humano de Dios lo retrata con exceso y no como defecto: a Dios no le falta humanidad, ¡la sobrepasa!



En contraste con el padre que transgrede la ley de la distribución de la herencia, los hermanos no logran ir más allá de la lógica del dar para recibir.

El hijo menor recibe la parte de la herencia que le corresponde, la despilfarra con prostitutas y decide regresar a casa cuando está en el límite de sus fuerzas.



El hijo menor no regresa con su padre porque esté arrepentido, sino porque no logra encontrar una vía de salida. En tal condición, lo que más se puede imaginar es ser tratado como uno de los muchos trabajadores en casa de su padre; no lo motiva el arrepentimiento, **¡sino el hambre!**

El hijo mayor también está dentro de los límites de la retribución: ha servido a su padre durante años, nunca ha transgredido un solo mandato y espera que él le dé por lo menos un cabrito para festejar con sus amigos.



Frente a la compasión del padre, el mayor lo acusa de haber transgredido el principio de la retribución; no logra considerar al mismo hijo de su padre un hermano, sino que lo define solo como "ese hijo tuyo".

Encasillar al padre en el nicho de la retribución le impide reconocer su paternidad y su fraternidad con el otro.



Nos detengamos en la excesiva compasión del padre con respecto a sus hijos

El padre sale de la casa en dos ocasiones

Al comienzo del relato, el padre se limita a escuchar la solicitud del menor. No se ofrece ninguna explicación sobre las razones por las cuales el hijo pide lo que le corresponde. **¿Por qué es un conflicto para el hermano mayor? ¿No comparte la manera de actuar de su padre? ¿O es porque vislumbra la exigencia de una vida independiente?** Cualquier motivo es silenciado, pues al narrador no le interesan las razones, sino el rápido alejamiento del hijo de la casa paterna.

Luego de descubrir la vida disoluta del hijo menor, el padre regresa a escena para realizar unos gestos increíbles: ve desde lejos a su hijo -subraya que lo espera desde que se alejó de la casa- y siente compasión, corre a su encuentro, lo abraza y lo besa (v. 20).





Por unos instantes, le da oportunidad a su hijo para que le diga lo que él ha preparado en vistas a su regreso.

Lo interrumpe antes de escuchar su petición de ser tratado como un jornalero y ordena a los servidores que traigan la mejor ropa, que le pongan un anillo en el dedo y sandalias en los pies, que maten el ternero gordo y que lo festejen.

De todas las acciones que el padre realiza con su hijo menor, la más decisiva en el desarrollo de la parábola está centrada en el verbo "sintió compasión"

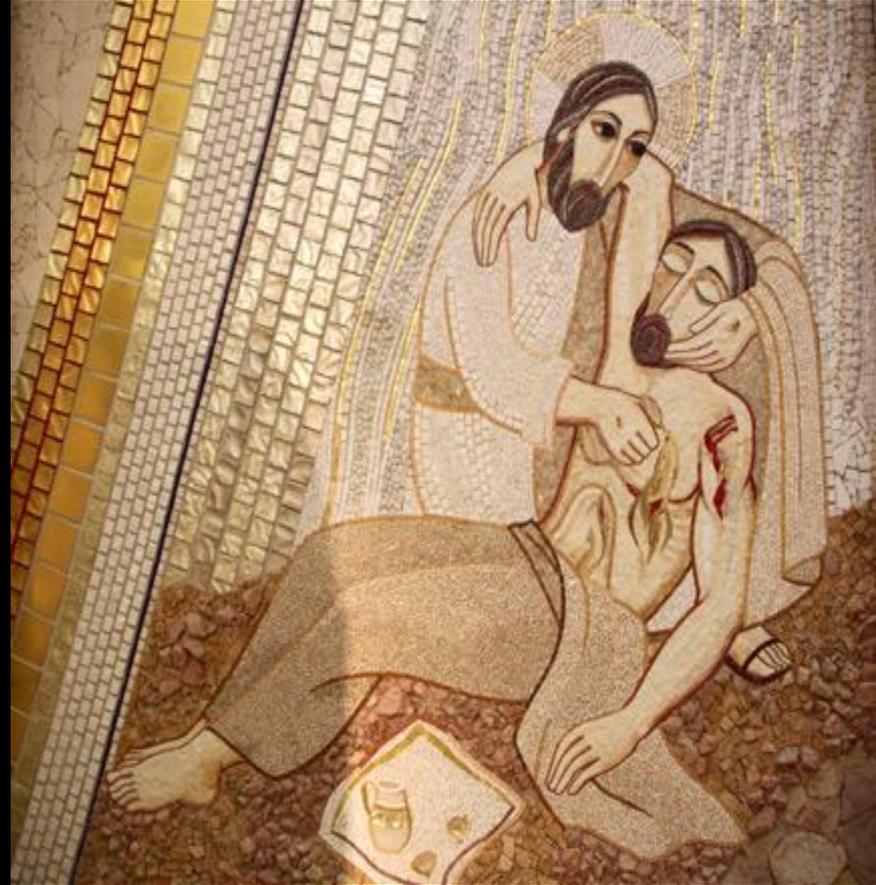
(se conmovió en lo más profundo).

El padre ama visceralmente a su hijo perdido, al punto de sentir la pasión humana más profunda.

Hemos encontrado el mismo verbo en el desarrollo de la parábola del buen samaritano: "Se conmovió" (Lucas 10, 33; 15, 20).

La compasión del samaritano por el moribundo es la misma del padre por su hijo perdido.

Sin compasión es imposible correr al encuentro de su hijo, abrazarlo y reintegrarle su dignidad perdida.



Bien dice Juan Pablo II, en la encíclica *Dives in misericordia* (Rico en misericordia), donde dedica el cuarto capítulo a esta parábola: "La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad de su hijo perdido, en su dignidad" (DV 6).

En el centro de la parábola, se encuentra la misericordia del padre y no su bondad.

**Si la bondad es una
cualidad del carácter, la
misericordia es una
dimensión que madura
en el interior y se
concreta en acciones por
el prójimo.**

**La prueba más dura
todavía está por llegar, y
se verifica cuando se
añade el nexo del modo
de pensar del hijo mayor.**





Es dramático el rechazo del mayor, quien decide no entrar en la casa; su ira lo petrifica ante la puerta que ha cruzado muchas veces.

Entonces el padre decide salir de la casa otra vez y suplicarle. En esta ocasión, el precio es más alto que el pagado por el hijo menor:

¡el padre debe padecer un reproche que se le hace con todo detalle!

El mayor lo acusa hasta de avaro, no dispuesto a darle ni un cabrito para festejar con sus amigos.

Un padre en contradicción consigo mismo es aquel que no retribuye a quien le es fiel, mientras que hace matar el ternero gordo para quien ha despilfarrado su herencia.



La ira conduce al hijo mayor a tergiversar la verdad que conoce desde el principio: frente a la petición del menor de la herencia que le corresponde, el padre no opone resistencia; tres cuartas partes del patrimonio familiar son del mayor.

La misericordia del padre es inmensa: podría responder que, mientras esté en su casa, es él quien manda.

Según el derecho patrimonial, mientras viva, ¡puede hacer lo que quiera con sus bienes!

En vez de eso, el padre se pone en la situación del hijo mayor y lo invita a reflexionar sobre sus relaciones.

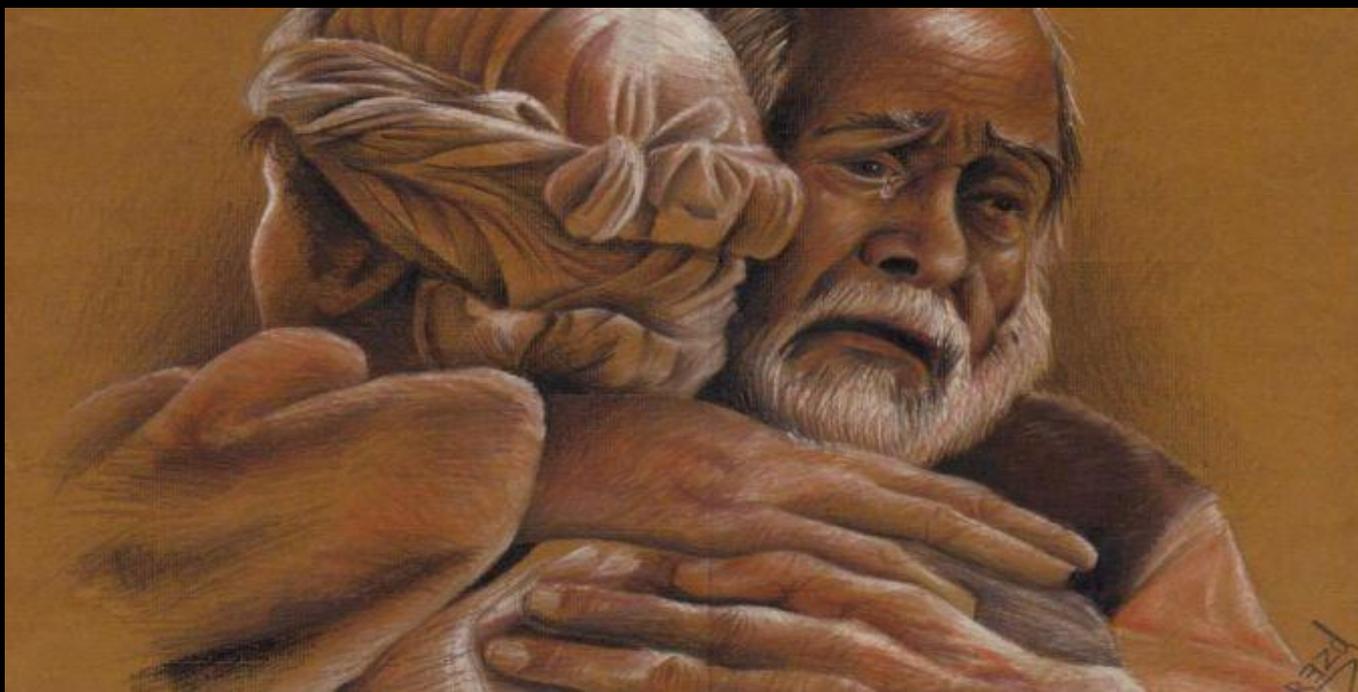
Es inmensa la ternura con la cual se dirige al mayor: aunque nunca lo denomina "padre", él sí lo llama **"hijo mío"** (teknon): **una palabra que denota una relación íntima.**

El padre reconoce que el patrimonio restante es del mayor, pero no le interesa.

Más que nada, su preocupación se centra en el contraste de **"ese hijo tuyo"**, el cual le ha reprochado el mayor, para transformarlo en **"tu hermano"**.



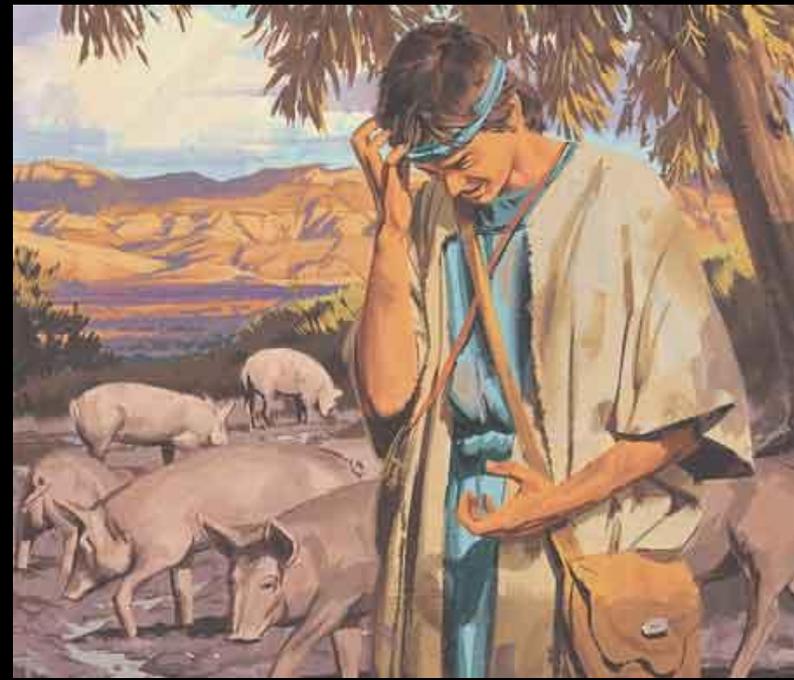
La conversión profunda que el padre espera no es la del menor, quien ha regresado a la casa porque de otra manera hubiera muerto de hambre; es, sobre todo, la del mayor, incapaz de reconocer a su padre y a su hermano.



El hijo muerto y vuelto a la vida

Cuanto más se aleja de su padre, más se sumerge en una degradación sin fondo: este es el drama del hijo menor. Luego de recibir la parte del patrimonio que le corresponde, el hijo emigra hacia una región lejana, donde despilfarra su patrimonio y vive de manera disoluta. Si en aquella región hay una piara de puercos, quiere decir que se encuentra fuera de tierra santa, donde no se permite criar cerdos, pues se consideran animales impuros.

Entonces, apacentar cerdos es, para el hijo menor, el más bajo nivel de humillación, a tal punto que no le dan ni las bellotas que comen los cerdos.



La máxima indigencia conduce al joven a entrar en sí mismo y reflexionar sobre la situación a la que ha llegado. Se reprocha la condición de los jornaleros de su casa paterna: mientras él no puede ni siquiera comer las bellotas, aquellos tienen pan en abundancia.

Viéndolo bien, el hijo menor reconoce haber pecado contra el cielo y contra su padre y le basta ser tratado como un trabajador.

Finalmente, lo que le interesa es recibir pan para comer y, como no encuentra otra solución, emprende el camino de regreso.



Debe ser enorme la vergüenza que el hijo experimenta ante su padre, quien le sale al encuentro, lo abraza y lo besa.

Inmerecida es la compasión del padre, capaz no solo de saciar el hambre de su hijo, sino de concederle, además, la dignidad perdida.



Lo que le devuelve la vida a quien está muerto no es el arrepentimiento, sino la excesiva compasión del padre por un hijo que es una criatura nueva e inicia una nueva vida.

La compasión del padre no está formada solo de una conmoción, sino que también se transforma en pasión, capaz de hacer surgir vida donde hay muerte.

"Este hermano tuyo"

Tal vez sea una casualidad, pero en la Sagrada Escritura los hijos mayores y los primogénitos no gozan de buena suerte: destinados a ser hijos de la promesa y de la herencia, experimentan la mala suerte de quien es privado de un derecho natural. Eso lo sabe **Caín** con respecto a **Abel**, **Esaú** con **Jacob**, los hijos de **Jacob** con **José**, incluso los hijos de **Jesé** con respecto a **David**.



La enorme paradoja de la historia de la salvación es que la ley divina de la primogenitura es quebrantada por Dios mismo por una razón de capital importancia: **en la retribución y en la herencia divina, todo debe quedar en el terreno de la gracia y no en el del derecho.**

En la parábola, el padre misericordioso reconoce que el patrimonio es del hijo mayor, pero le pide cambiar de mentalidad.



Hay una parábola dentro de la parábola y es aquella donde el protagonista es el hijo mayor. Regresa del campo, donde trabaja para el padre, escucha la música y los coros, llama a un sirviente quien le informa de lo que está ocurriendo.



El sirviente debe haber echado más leña al fuego, porque con una buena dosis de ironía, le dice que su hermano menor ha regresado y su padre ha mandado matar el ternero engordado.

Es incontenible la furia del mayor: decide no entrar en la casa y, cuando su padre lo alcanza, para suplicarle que ingrese, despotrica contra todos.



En el centro de esta "parábola dentro de la parábola", se encuentra el verbo "se enojó" con su padre.

El furor lo ciega y le impide mirar bien: su hermano está sano, estaba muerto, pero ahora está vivo, estaba perdido y ha sido recuperado.

Sus ojos ven el pecado cometido por su hermano, pero no el bien que su padre le ha reservado.

**La parábola no cuenta el alegre o triste final
acerca de la decisión del mayor.**

Tampoco si fue convencido por su padre de
entrar en la casa.

No dice si decidió cobrar la herencia que le
correspondía para abandonar
la casa paterna.

Ni si vio a su hermano frente a frente.



La del padre misericordioso es una parábola abierta que señala a los oyentes la responsabilidad de sus propias decisiones: si establecen relaciones según el derecho o la justicia distributiva, o retoman el sendero de la gracia y la misericordia.